



CAPÍTULO VII

De cómo se caminaba en aquel tiempo,
y de cómo me metí en política sin quererlo ni saberlo



Y espolique se llamaba Leonardo Pérez, y era un mozo arrestado, valiente y de buen humor como he visto pocos. Con las calzoneras de *tapa-balazo*, el pañuelo rojo atado á la cabeza, la pechera de cuero de variadas labores, cubriéndole desde el cogote hasta el ombligo; montado en una silla de cabeza y *teja* chiquitinas y cubierto con las inevitables *armas de agua*, parecía no pesar una onza en los lomos del *cuaco* rosillo que manejaba.

A nadie he visto de mejor talante, más espontáneamente malicioso que aquel villano, al que daban aspecto de truhán de comedia vieja las grandes mechales color de estopa que le llegaban hasta el cuello, y los ojuelos

verdes, maliciosos y burlescos que solía guiñar cuando aclaraba todas las situaciones, resolvía todos los conflictos y salía airoso de todas las dificultades.

Cuando mi padre le recomendó mucho cuidado para no caer en manos de cualquiera de tantas partidas como hormigueaban, se limitó á decir:

— Oh, qué *l'amo*, pos si á mí *minteresa* más qui á *naiden* salir bien. ¿No ve que si me quitan los caballos me *infelizan*?

Y en efecto, apenas mirábamos dos ó tres cuerudos, á campo traviesa, por entre milpas y sembrados, nos escabullíamos metiéndonos por entre veredas que me parecía no llevaban á ninguna parte.

Hacíamos noche en ranchejos donde no encontrábamos ya no digamos holandas y martas cibelinas; pero ni siquiera los elementos que podían hallarse en los ventorrillos del tiempo.

Tres veces nos acostamos sin cenar; dormíamos en los sudaderos de los caballos, con las sillas por cabecera, teniendo cerca las pistolas y los sables para prevenir cualquier accidente. Cuántas caras patibularias vimos entonces, cuántos tipos malencarados que no se recataban de decir que iban á la *pronuncia*, á la *bola* ó á *ver qué Dios daba*.

Una mañana, cuando todavía la salida del sol tardaba mucho, ensillamos los caballos y por mano propia abrimos

la puerta del mesoncillo de *Paredones*. Como desde la noche habíamos dejado arregladas nuestras cuentas con el *güéspere*, nadie se opuso á que sacáramos las bestias. Dormían profunda y ruidosamente, recostados en aparejos y mantas, los arrieros que esperaban el alba para moverse de nuevo. Se moría la lumbre del fogón en que habían *jatiado* unos dueños de mulas; ladraba un perro que recibía inmediata contestación de otros cien. Como la luna brillaba en todo su esplendor, pude ver á unos que parecían dormir cerca y que alzaron la cabeza cuando nosotros, ya montados, hicimos resonar las guijas del zaguán con las herraduras de nuestros pencos.

Atravesamos las callejas desiertas, que tenían aquí un letrero deslavado — *A la pasadita* — y luego una mano con guante que ofrecía un cáliz enorme — *Al culto de Baco y tolerancia de genios*, y como muestra y explicación de título tan largo, un viejo desnudo trepado en un tonel; — allá una casuca con fuertes rejas, en el otro lado un enorme montón de estiércol.

Bajamos un arroyo de pedrezuelas sueltas que rodaban hasta el fondo con ruido especial, trepamos una cuestecilla y luego nos topamos con algunos pinos raquíuticos y miserables; avanzamos más y concluimos por internarnos en un monte en que apenas había sitio para los caballos y nosotros.

Un ruido imponente, como de torrente desbordado, me

atemorizó por un rato; pero mi guía logró tranquilizarme: era el rumor de los árboles que se agitaban con el viento



que precede á la as-
lida del sol. Se res-
piraba el aire á ple-
nos pulmones, pare-
cía que el pecho se ensan-
chaba para dejar penetrar
aquel soplo de naturaleza
opulenta y majestuosa que se nos
entraba en ráfagas de vida.

A lo lejos distinguíamos, como
brasas que ardían en la obscuri-
dad, enormes montículos en que
se quemaba el carbón, y veíamos
discurrir entre los árboles, como
aparición de cuento de hadas, á
unos hombrecillos negros que gritaban para dominar la
fuerza del aire y hacerse entender unos de otros.

Soltamos la rienda á las bestias, encantados ante aquel
reposeo de la naturaleza, que no sabía si existían en el
mundo amantes melancólicos ni hombres dispuestos á

casarse las liendres por si debía ser este ó el otro quien
mandara. Leonardo empezó una de esas canciones popu-
lares de tono plañidero y letra picaresca, que son la espe-
cialidad de nuestros campesinos, mientras yo volvía á mis
tristes imaginaciones:

«No le vayasté á matar
Echándole un ratón muerto;
Yo á él le quiero y lo quedré,
Será mi gusto y por eso.
Me de comer el durazno
Desde la cáscara al güeso...

Mientras tanto yo, romántico empedernido, pensaba
que en aquel monte, entre aquellos pobres carboneros, se
podía levantar una cabaña indiana en donde vivieran dos
amantes queriéndose hasta la muerte.

Aquí llegábamos los dos, cuando de entre unos árboles
salieron un «¡alto ay! ¿Quién vive?» y un tiro de arma de
fuego, y vimos brillar á la luz del sol naciente media do-
cena de cañones de mosquete.

Primero me quedé sin movimiento; pero pronto me
rehice y eché mano á la pistola, dispuesto, como decían
mis novelas favoritas, á vender cara mi vida. Mas Leo-
nardo detuvo con un gesto mis bizarrías, y sombrero en
mano se adelantó hasta donde estaba el jefe de los asal-

tantes, y le oí decir: *La religión...* — *Paisano, señor, paisano...* — Yo soy mozo de la casa de señor don Andrés Pérez, de Tlaxochimaco, y este niño es el Padre don Juan, hijo de señor don Andrés... Sí, señor, todavía no le abren corona, pero ya está ordenado de epístola... Este año, en la función de mi padre Jesús, cantó en el púlpito del santuario, por cierto que tiene una voz tan linda que se oía hasta la plaza... Ahora va á acabarse de ordenar, y el mes que entra canta su primera misa... Yo no sé, pero dicen que va á ser familiar del señor Obispo.

— Sigán su camino, dijo el capitanejo, y llévense por señas este paño por si les caen gentes de las nuestras. Y le dió al mozo un trapo de holancillo que portaba en el sombrero, entre el eslabón, la yesca y los cigarros *macuchés*.

Luego, y mientras yo, cubierto con mi capa, me mantenía en mi caballo, más enhiesto que Santiago, cada una de aquellas honradas personas fué pasando y besuqueándome la mano, que yo tendía con ademán regio.

Tras esta y otras peripecias llegamos á Guadalajara, que yo aguardaba estuviera fortificada y con cariz de alarma; pero que no tenía sino su ordinario aspecto.

En la misma casa de doña Mencia, esquina de San Felipe y las Capuchinas, dí con mi cuerpo tras los cinco días de peregrinación. Me encontré en su sitio las camas, el banderín que anunciaba chocolate superior, el mamarracho de don Rómulo y el padre Esteban.

Fuí recibido en palmitas, y tan pronto como me hube quitado el polvo y el lodo y puéstome los trapos de cristianar, salí en busca del general don Juan Suárez y Navarro, mi única esperanza.

Era don Juan alto, blanco, nervioso, de edad entre cuarenta y cincuenta años y de aspecto determinado y tremendo.

Leyó y releyó la carta de Fray Martín, y cuando hubo concluído me dijo:

— Mi amigo, el padre Fray Martín Luna, me recomienda á usted muy especialmente como mozo instruído, inteligente y discreto; y me explica que debido á dificultades pecuniarias se ve obligado á servir; por lo cual, y creyendo le convenga entrar á una oficina del gobierno, me encarga le agencie una colocación. Yo no tengo influencia ninguna y aun creo que mi mediación sería nociva; pero veré de buscar para usted alguna cosa, teniendo en cuenta sus méritos y la intervención de mi amigo Luna. Dése una vueltecita por acá dentro de unos días, y si hablando al señor Obispo ó á otro amigo llego á lograr algo, tendré gusto en proporcionárselo.

A los tres ó cuatro días me llegué á ver al señor Suárez que vivía en la casa de don Francisco Martínez Negrete, y desde que me recibió conocí que aquello medraba, pues sin más preámbulo me dijo:

— El señor Aranda no tiene nada, ni me parece que le

conviniera á usted el eternizarse como covachuelo en la clavería, en la haceduría ó en otra oficina clerical. Yo me comprometo á buscarle á usted algo mejor y mientras tanto se queda conmigo como mi escribiente. ¿Qué tal anda usted en materia de letra y ortografía?

Le contesté que aunque mis facultades no eran muchas, algo se me alcanzaba; y habiendo tomado un pedazo de papel escribí un

SR. D.

JUAN SUÁREZ Y NAVARRO.

GUADALAJARA,

que mereció los elogios de mi patrón.

— Bien, bien, me dijo, hay buena letra, y hay, por lo que puede juzgarse de la lectura de esas pocas palabras, mediana ortografía. Ya enmendaremos lo que haya de enmendarse y procuraremos que se adelante un poco. Por de pronto, tiene usted quince duros mensuales de sueldo, á reserva de que haya algo más andando el tiempo.

Contento me sentí como si en vez de tan exigua suma me hubiera señalado el generoso militar quince millones,

pues con aquello me bastaba para vivir, pagar mi hospedaje y no ser gravoso á mi familia.

Los primeros días copié una larga exposición acerca de los males del país, que ocupaba más de treinta pliegos escritos por las dos caras. ¡Vaya si había qué decir sobre tan fecundo tópico y si era maestro en tratarlo el hombre que había exclamado en pleno Congreso nacional: «este es el país de las anomalías, y no es de ellas la menor el verme en este sitio!»

En seguida me dió, para coleccionarla, una larguísima serie de cartas cifradas en que sólo se podían leer las firmas. *Santiago Aval, Adrián B. de Calo, El Amigo de Santa Clara*, y no sé cuántos nombres más.

En ninguna se entendía media palabra, pues por un «nuestro amigo», «paso á verlo», «le escribí» ó cualquier otra frase sin sentido, había muchos signos ortográficos, números, abreviaturas y hasta muñecos en posturas extravagantes.

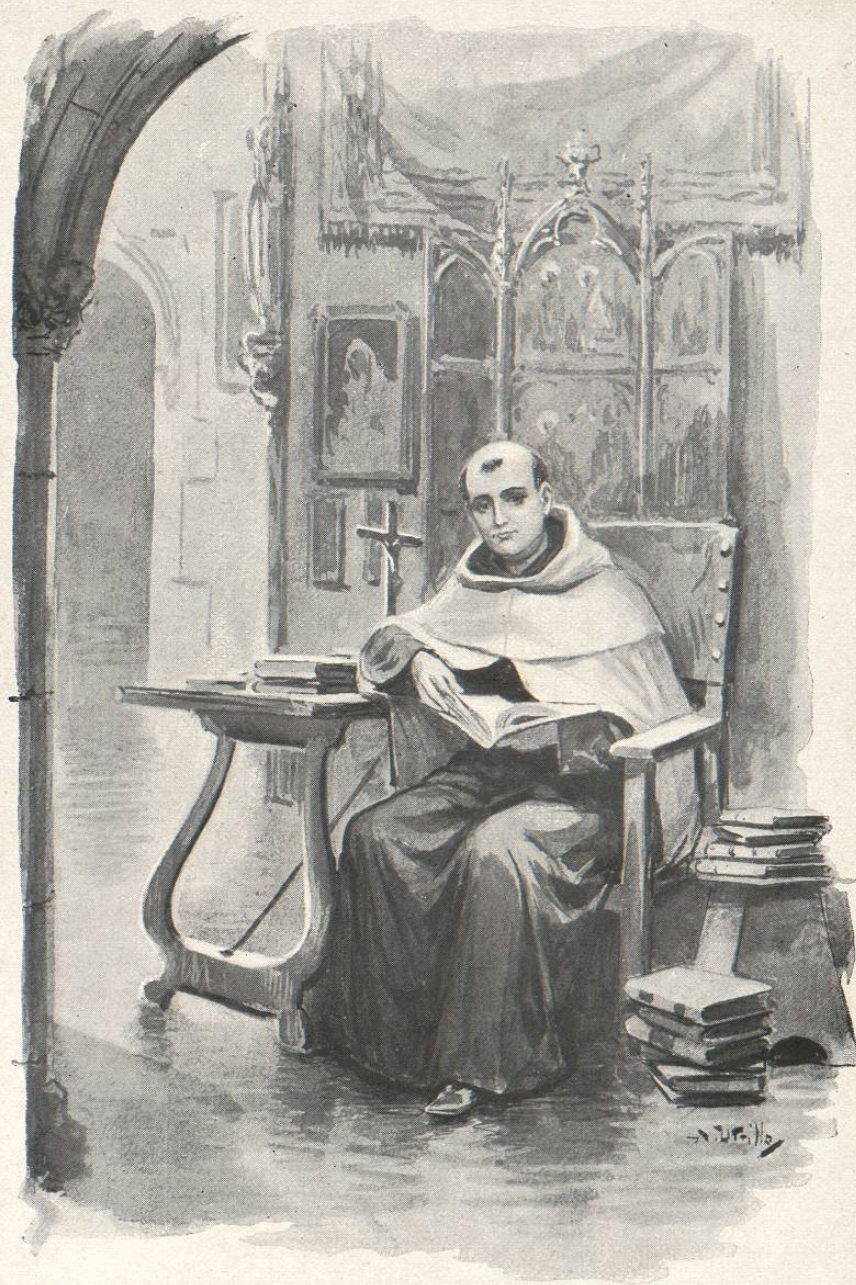
Los ratos que me dejaba libre mi obligación, que eran los más del día, los pasaba junto con los muchachos de mi edad. José María Vigil, los Camarenas, Jerónimo Gómez, Romero, Miguel Cruz Aedo, Pablo Villaseñor y otros muchos, todos poetas, decidores, alegres y de buen humor. Unos estudiaban leyes, otros se preparaban para el doctorado en medicina, y otros, los más, no eran sino aficionados á los buenos versos y á las ideas nuevas. Tenían esta-

blecida una sociedad que llamaban «Esperanza», y un periódico de literatura en que publicaban las más lindas piezas de prosa y los versos más exquisitos que haya saboreado en mi vida. Allí salieron á luz mis primeros ensayos, que eran, como es claro, en verso; como es claro, románticos; y como es más claro todavía, vitandos y detestables.

En compañía de aquellos buenos muchachos, que del periodismo literario habían de pasar al político, de éste á las vías de hecho, y de las vías de hecho á tomar las armas y quizás á la emigración ó á los primeros grados del ejército; pero que entonces no eran sino soñadores simpáticos y graciosos, lo que hoy se ha dado en llamar bohemios, empecé á leer libros de política; Rousseau, que era nuestro ídolo, el abate Mably, y, sobre todo, Montesquieu, nos daban lima para largas disertaciones en que haciendo gala de ese furor iconoclasta que es propio de la juventud, sentíamos el placer de derrocar á los autores medievales, que todavía se delectaban en el seminario considerándoseles como fortalezas inatacables contra las cuales nadie era osado atentar.

Los más de los días ocurriamos á la celda del padre Nájera, prior del Carmen y el hombre que con mayores aptitudes de maestro haya conocido en mi vida.

Era Fray Manuel de S. Juan Crisóstomo Nájera, como se le llamaba oficialmente, alto, de tez blanca, gordo sin



Fray Manuel de San Juan Crisóstomo Nájera